

EL VOLCÁN

Alexis Ravelo

# La historia del bufón Alegre Contador

Ilustraciones  
de Jesús Aguado

ANAYA



*Para la explotación en el aula de este libro,  
existe un material con sugerencias didácticas y actividades  
a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Alexis Ravelo, 2008

© De las ilustraciones: Jesús Aguado, 2008

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2008  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, mayo 2008

Diseño: Manuel Estrada / Grupo Anaya

ISBN: 978-84-667-7767-4

Depósito legal: M. 16.421/2008

Impreso en ANZOS, S.L.

La Zarzuela, 6

Polígono Industrial Cordel de la Carrera

Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro  
son las establecidas por la Real Academia Española  
en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido  
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las  
correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes  
reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente,  
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación,  
interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte  
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

EL VOLCÁN

Alexis Ravelo

# La historia del bufón Alegre Contador

ANAYA

Ilustraciones  
de Jesús Aguado



# 1

## UN PROTAGONISTA MÁS FEO QUE UN PIE

Esta es una historia de princesas y sabios, de magos y ogros, de bufones y objetos mágicos. Sucedió hace mucho, mucho tiempo. Antes de que hubiera televisión y antes de que hubiera radio. Por eso tú todavía no la conoces. Es una historia sobre historias. Y las historias están hechas de palabras. Así pues, al tratarse de una historia sobre palabras, solo con palabras puede contarse.

Y como con palabras me la contaron, con palabras te la contaré yo.

El protagonista de esta historia es Alegre Contador. Alegre era bajito y contrahecho. Tenía los pies muy pequeños y las manos enormes. Tenía, también, un ojo más grande que otro. Tanto que no parecían ser los dos de la misma cara, porque, además, miraban siempre en direcciones distintas. Su nariz... Bueno, su nariz era como un huevo. No me refiero a que

su nariz fuese redonda. Que también lo era. Sino a que era igual de grande que un huevo en medio de su cabezota. Su pelo era rojo y rizado, tan encrespado que no hubo jamás forma humana de peinárselo de una manera decente. Y la boca de Alegre era como las de los muñecos de plastilina. ¿Alguna vez le has hecho la boca a un muñeco de plastilina con un palillo? Pues así era la boca de Alegre Contador.

6

Así que el protagonista de esta historia era feo feo. Más feo que un pie. Tan feo como un codo. Feo como la fealdad misma. Y, sin embargo, no te queda duda: Alegre Contador es el protagonista de esta historia. El héroe del cuento. Porque este cuento es un cuento de princesas y sabios, de magos y ogros, de bufones y objetos mágicos, y no falto a la verdad al decirlo (los que contamos historias nunca mentimos), pero también es cierto que no he dicho en ningún momento que su protagonista fuera un príncipe azul. Ni siquiera verde. Sino Alegre Contador, un contador de historias que llegó a conseguir trabajo como bufón en un reino lejano.

Este joven tan feo nació en Aldea Oculta, una aldea que, como su propio nombre indica, estaba tan escondida en medio de un gran bosque que ni los carteros daban con ella. In-



cluso, a veces, los rayos del sol se despistaban y no conseguían encontrarla. Por eso, en ocasiones, los días no llegaban a Aldea Oculta. Ese es quizá el motivo de que allí el tiempo pasara muy lentamente.

Pues bien, Alegre Contador ya era feo cuando nació. Tan feo que sus padres y las vecinas se asustaron al verlo y colocaron al bebé en la cuna sin saber qué hacer.

8 Pero, de pronto, oyeron una risita burbujeante que procedía de la cuna y revoloteaba entre ellos. La risita dio un par de vueltas alrededor de las vecinas y salió por la ventana. Intrigados, se acercaron al recién nacido y vieron en el rostro de Alegre una enorme y desdentada sonrisa. Una sonrisa fea como el mismo Alegre, pero tan luminosa y limpia que enseguida contagió a todos. A su madre, la maestra Sofía, la persona más sabia de Aldea Oculta. A su padre, Bernardo, el hombre más bondadoso. A las vecinas. Al médico. Incluso al gato Julián, que pasaba por allí. Los gatos son muy graciosos cuando sonrían. Y lo hacen con mucha frecuencia. Casi todo les hace gracia. ¿Aún no has visto sonreír a ningún gato? Deberías prestarles más atención.

En fin, lo cierto es que Bernardo tomó al bebé en brazos y dijo:

—Hijo mío, eres más feo que un lunes de invierno. Pero estás lleno de alegría. Por eso te llamarás Alegre. Alegre Contador. Y serás un hombre sabio como tu mamá y bueno como tu papá.

Y Alegre creció. Bueno, crecer, lo que se dice crecer, no creció demasiado. Llegó a medir un metro cuarenta. Y así se quedó. Tampoco era muy vigoroso. Los demás niños no querían jugar ni hacer deporte con él. Si tenías a Alegre, por ejemplo, en tu equipo de fútbol, jugabas con un jugador menos. Jugar con él a la gallinita ciega era peligroso, porque cuando quien se la quedaba cogía a Alegre y se quitaba la venda de los ojos, normalmente se desmayaba. Solo en las fiestas de disfraces triunfaba nuestro protagonista, pues bastaba con ponerle un elástico alrededor de la cabeza para que pareciera que llevaba una careta de monstruo. Esto ahorrraba a la familia gastar tiempo y dinero en máscaras cuando llegaba el carnaval.

Pero Alegre no se tomaba a mal nada de eso. Porque, precisamente en las horas de los juegos y de los deportes, él aprovechaba para leer los libros de la biblioteca de su madre, que era, como hemos dicho, la mujer más sabia del lugar. Gracias a los libros y a los cuen-

tos que leía en ellos, Alegre viajaba muy lejos muy lejos, junto a un marinero llamado Simbad o a un guerrero llamado Ulises que volvía a su casa después de una gran guerra.

Leyendo y leyendo, Alegre aprendió muchas palabras y muchas historias. Se hizo coleccionista de historias y de palabras. Así, la gente de Aldea Oculta comenzó a quererle mucho, pues siempre tenía un cuento, una leyenda, una historia con la que entretener y asombrar a los demás. Y Alegre se sentía muy feliz leyendo y contando a los demás lo que leía.

Sin embargo, llegó el día (más o menos cuando tenía dieciséis años) en que Alegre Contador había leído todos los libros de la inmensa biblioteca de Sofía. Ya no tenía más historias que conocer y, por lo tanto, no le quedaban historias nuevas que contar.

Alegre reunió a sus padres, el bondadoso Bernardo y la sabia Sofía, y les dijo:

—Papá, mamá: ya he leído todos los libros de la biblioteca. Y no hay librerías cerca. Aquí ya no me quedan más historias que conocer y, por lo tanto, no tengo historias nuevas que contar. Así que he tomado la decisión de irme a conocer mundo. Para aprender nuevas historias y para contar las historias que ya sé a las personas que no conozco.

De nada sirvió que sus padres le pidieran que se quedase junto a ellos. Alegre había tomado una decisión y, como meditaba mucho antes de hacerlo, cuando Alegre tomaba una decisión no había nadie que lo convenciera de lo contrario.

Pero, antes de que partiese, Bernardo y Sofía entregaron a su hijo un objeto que nunca había visto antes, aunque era, al parecer, propiedad de la familia desde hacía generaciones.

—Toma este zurrón —dijo Bernardo a su hijo—. Perteneció a mi padre. Y, antes, al padre de mi padre. Y, aún antes, al padre del padre de mi padre. Con este zurrón, nada de lo que necesites te faltará.

Alegre miró en su interior. Pero el zurrón estaba vacío.

—El zurrón está vacío —dijo Alegre.

—Eso es porque ahora mismo no hay nada que necesites —contestó Sofía—. Cuando llegue el momento, si hay algo que sea realmente necesario, solo has de meter la mano en él y buscar.

—Por eso, cuando partas, no llevarás nada más que la ropa que vistas y el zurrón —añadió Bernardo—. Si hay algo que de verdad necesites, el zurrón te lo proporcionará. Así po-

drás andar más ligero y sin cargar con nada que no te haga falta.

Alegre comprendió lo que sus padres querían decir.

—Comprendo lo que quieren decir: lo que realmente necesitamos no nos causa peso. Lo innecesario siempre supone una carga que nos impide avanzar.

Sofía abrazó a su hijo, contenta de ser la madre de alguien tan inteligente. Y se pasó todo el tiempo abrazándolo hasta que lo despidieron a la salida de Aldea Oculta. Entonces, Alegre les dio un beso, saludó a los demás habitantes de la aldea que habían ido también a decirle adiós, hizo una última caricia al gato Julián y dijo:

—Volveré con nuevas historias. Quién sabe, a lo mejor traigo también muchas cosas más.

Luego, tomó el camino que lo alejaba de la aldea a través del bosque, y que era el mismo que lo conducía hacia el mañana.

Dicen que, mientras su hijo se alejaba sonriente por el sendero, dos lagrimitas cayeron del rostro de Sofía. Y que, al llegar al suelo, se convirtieron en dos pequeños diamantes. Sofía los engarzó en unos pendientes que guardó en su joyero.

—Estos pendientes —le dijo a su marido— los guardaré para cuando Alegre vuelva a Al-



dea Oculta convertido en un hombre. Se los regalaré a la mujer que le tome por esposo, para compartir con ella el amor que siento por mi hijo.

Eso fue exactamente lo que dijo Sofía, la persona más sabia de Aldea Oculta.

Así fue como sucedió. Con palabras me lo contaron, y con palabras te lo cuento yo.





A partir de 12 años

En Aldea Oculta nació un niño más feo que un pie, pero lleno de alegría. Por eso sus padres le llamaron Alegre Contador. Un día, Alegre decidió que quería ver mundo, así que agarró su zurrón y se puso en camino. La otra protagonista de esta historia es Graciela, una princesa bellísima que nunca sonreía. Hasta que un día se presentó en su castillo un bufón más feo que un pie...

